

ma, que de allí adelante todo lo que no era Dios le era amargura y tormento increíble.

Lipomano y Surio (1) cuentan del santo abad Palemon, maestro de san Pacomio, que habiéndole un día de Pascua de Resurreccion aderezado san Pacomio para la comida las hortalizas ordinarias con un poco de aceite y sal por ser el día que era, soliendo los demás días comer solas yerbas con un poco de sal; viéndolas el santo viejo guisadas con aceite, comenzó á llorar y derramar muchas lágrimas, acordándose de la pasión del Señor, y diciendo: *Dominus meus crucifixus est, et ego nunc oleum comedam?* Mi Señor fue puesto en una cruz, ¿y había yo de atreverme á comer aceite? Nunca Dios tal quiera. Le replicó su discípulo Pacomio que era Pascua, y que por serlo se podía permitir aquel regalo; pero por mucha instancia que le hizo á que las probase, no lo pudo acabar con él.

Cuéntase de un cristiano cautivo (2), que era muy devoto de la pasión de Cristo nuestro Redentor, y por la continua memoria que de ella traía andaba siempre

(1) Lipom. et Surius in vita sancti Pacomii, mense junii.

(2) Fr. Cantimp. lib. 1 de apibus, c. ultim.

triste y lloroso; viéndole así el tirano á quien servía, preguntábale algunas veces por qué andaba tan triste y no se alegraba con los demás compañeros. Él siempre le respondía que no podía más, porque traía en su corazón impresa la pasión del Señor. Oyendo esta respuesta el tirano, quiso ver si decía verdad, y haciéndole abrir el pecho, y sacar el corazón, hallaron dentro de él una imagen de Cristo nuestro Redentor crucificado perfectísimamente formada, la cual maravilla fue parte para que el tirano se convirtiese á la fe.

Semejante es á esto lo que se cuenta (1) de la santa virgen Clara de Monte Falco, que habiendo sido en su vida muy devota de la pasión de Cristo nuestro Redentor, después de muerta fue hallada en su corazón, á la una parte de él, una imagen de Cristo crucificado con tres clavos, lanza, esponja y caña, todo hecho de la misma carne de la Santa perfectísimamente; y á la otra parte estaban los azotes de cinco ramales, la columna y corona de espinas, la cual maravilla hasta hoy día se muestra en Monte Falco, lugar de Italia.

(1) Part. 3, lib. 4, cap. 22 de la Crónica de san Francisco.

TRATADO OCTAVO.

DE LA SAGRADA COMUNION, Y SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

CAPÍTULO I.

Del beneficio inestimable y amor grande que el Señor nos mostró en instituir este divino Sacramento.

Dos obras nos ha mostrado Dios las más insignes, y que más pasan y atajan los juicios de los hombres que todas cuantas ha hecho, y tan artificiosas, que hablando de ellas Isaías, XII, v. 4, las llama invenciones de Dios: *Notas facite in populis adinventiones ejus.* Obras que parece se puso á pensar en que mostrarse comunicador y derramador de sí mismo. La primera obra fue su Encarnación, en la cual el Verbo del Padre se juntó y unió con nuestra naturaleza con una trabazón tan trabada, y con un nudo tan apretado y tan junto, que en una persona quedó Dios y el hombre. Nudo ciego á toda la razón del mundo, y á solo él claro: á todos tinieblas y oscuridad, y á solo él luz y claridad. Nudo insoluble, que lo que una vez juntó, nunca jamás se

desatará ni se desató: *Quod semel assumpsit, numquam dimisit.* Dice san Dionisio Areop. c. 4 de div., que el amor es virtud unitiva, que transforma el amante en el amado, y hace de los dos uno. Pues lo que jamás pudo hacer amor alguno que hubiese en la tierra, eso hizo el amor de Dios por el hombre. Jamás se vió, de los cielos abajo, que el amor hiciese verdaderamente uno al que amaba y al amado; de los cielos arriba bien se ve: la misma naturaleza del Padre es la del Hijo, y son uno; pero de los cielos abajo, tal unión jamás se hizo. Pues fue tan grande el amor que Dios nuestro Señor tuvo al hombre, que se juntó y unió con el hombre de tal suerte, que de Dios nuestro Señor y del hombre quedó sola una persona, y tan una, que el hombre es verdadero Dios, y Dios es verdadero hombre; y todo lo que es propio de Dios con verdad y con propiedad se dice del hombre. Y por el contrario, lo que es propio del hombre se dice también de Dios. De mane-

ra que el que veian los hombres era Dios. El que veian hablar con instrumento de boca corporal era Dios. El que veian comer, andar y afanar era Dios. Tenia naturaleza humana realmente y operaciones humanas, y el que las hacia era Dios: *Quis audivit unquam tale, et quis vidit huic simile?* dice el profeta Isaias, LXVI, v. 8. ¿Quién jamás vió ni oyó tal cosa? Dios niño, Dios envuelto en pañales, Dios llorar, Dios tener flaquezas, y cansarse, y sufrir dolores y tormentos. Allá dice el real Profeta, Psalm. xc, v. 9, que pusisteis, Señor, vuestro asiento muy alto, y que no llegaria á Vos azote, ni trabajo: *Altissimum posuisti refugium tuum, non accedet ad te malum, et flagellum non appropinquabit tabernaculo tuo*; pero ahora, Señor, vemos que han llegado á Vos los azotes, los clavos, las espinas, y que os han puesto en la cruz; cosa tan ajena de Dios. *Peregrinum est opus ejus ab eo*, dice Isaias, xxviii, v. 22. Cosa peregrina, obra que pasma y ataja los juicios de los hombres y de los Angeles.

Otra obra hizo Dios (invencion propia de su infinito amor), que fue la institucion del santísimo Sacramento. En la primera cubrió su ser divino con una cortina de carne, para que le pudiésemos ver: en esta cubre no solo lo divino, sino tambien lo humano con la cortina de los accidentes de pan y vino para que le podamos comer. En la primera entrañó Dios al hombre, uniendo la naturaleza humana con

el Verbo divino; le entró en las entrañas de Dios. En esta segunda quiere que vos le entrañeis á él en las vuestras. Antes estaba el hombre unido con Dios, ahora quiere Dios y hombre unirse con vos. En la primera la comunicacion y union fue con sola una naturaleza singular, que es la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, que personalmente está unida con el Verbo divino. En esta segunda únese con cada uno que le recibe singularmente, y hácese una cosa con él, ya que no por union hipostática ó personal, que eso no convenia, por la union mas íntima y mas estrecha que se pudo imaginar fuera de aquella. El que come mi carne, y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él, dice el mismo Señor. ¡Obra maravillosa! *Memoriam fecit mirabilium suorum, misericors, et miserator Dominus, escam dedit timentibus se*. Joan. vi, v. 57; Psalm. cx, v. 4. No solo es la mayor de sus maravillas, como dice santo Tomás, serm. festi Corp. Christ.: *Miraculorum ab ipso factorum maximum*; sino es una cifra y recopilacion de todas ellas.

Del rey Asuero cuenta la sagrada Escritura que hizo un grande y solemne convite que duró ciento y ochenta dias: *Ut ostenderet divitias gloriæ regni sui*. Esther, i, v. 4. Para mostrar sus grandes riquezas y la gloria de su poder; así este gran rey Asuero, Cristo nuestro Redentor, quiso hacer un convite real, en el cual mostrase la

grandeza de sus tesoros y riquezas, y el poder y majestad de su gloria; porque el manjar que nos da en este convite es el mismo Dios. Obra que admira y espanta tambien al mundo, no menos que la primera, y aun en sola la sombra de este admirable misterio, que fue el maná, se admiraron: *Manhu? Quid est hoc?* Exod. xvi, v. 15. Y despues decian: *Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?* Joan. vi, v. 53. ¿Qué, es posible que habemos de comer su carne? Y no dura este convite ciento y ochenta dias, como duró el del rey Asuero, sino mil y seiscientos años; y durará hasta el fin del mundo, y siempre comemos, y siempre dura. Con razon se admira y exclama el Profeta, Psalm. xlv, v. 9: *Venite, et videte opera Domini, quæ posuit prodigia super terram*: Venid y ved las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra. Pasma el artificio y sabiduría de los consejos de Dios que tomó para la salud de los hombres. De esta segunda obra habemos de tratar ahora: dénos el Señor su gracia para ello, que bien la habemos menester.

El glorioso apóstol y evangelista san Juan, xiii, v. 1, en su sagrado Evangelio, tratando de la institucion de este santísimo Sacramento, dice: *Cum dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos*: Como amase Cristo nuestro Redentor á los suyos que tenia en el mundo, en el fin señaladamente los amó, porque entonces les hizo

mayores beneficios, y les dejó mayores prendas de amor, entre las cuales, una de las principales ó la mas principal fue este santísimo Sacramento, quedándose en él su Majestad verdadera y realmente. En lo cual nos declaró bien el amor grande que nos tenia; porque la condicion del amor verdadero es querer tener siempre presente al que ama, y gozar siempre de su compañía; porque el amor no sufre la ausencia del amado. Y así habiéndose de partir Cristo nuestro Redentor de este mundo á su Padre, quiso de tal manera partirse, que del todo no se partiese, y de tal manera irse, que tambien se quedase. Así como salió del cielo sin dejar el cielo, así sale ahora de la tierra sin dejar la tierra; y así como salió del Padre sin dejarle, así sale ahora de sus hijos sin dejarlos: *Exivi à Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem*. Joan. xvi, v. 28. Mas es tambien condicion del amor desear vivir en la memoria del amado, y querer que siempre se acuerde de él; y para eso se dan los que se aman, cuando se apartan, algunos memoriales ó prendas que despierten esta memoria. Pues para que no nos olvidásemos de él, nos dejó por memorial este santísimo Sacramento, en que se queda él mismo en persona, no queriendo que entre él y nosotros haya otra menor prenda que despierte esta memoria que él mismo. Y así en acabando de instituirse este santísimo Sacramento,

dijo: *Hoc facite in meam commemorationem*. Luc. xxii, v. 19; I Cor. xi, v. 24, 26. Cada vez que celebráreis este misterio, celebradlo en memoria de mí; acordándoos de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padecí.

Engrandecia mucho Moisés al pueblo de Israel, que no había nación tan grande que tuviese á Dios tan cercano á sí como ellos: *Nec est alia natio tam grandis, que habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris*. Deut. iv, v. 7. Y Salomon, habiendo edificado el templo, se espantaba, y decia: ¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos con toda su anchura no bastan, Señor, para darte lugar, ¿cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado? ¿Con cuánta mayor razon podemos nosotros decir esto, pues no ya la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía? *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi*. Matth. xxviii, v. 20. Gran consuelo y favor fue querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía para consuelo y alivio de nuestra peregrinacion. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aficciones, ¿qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que entre Dios por nuestras puertas, y se pasee por nuestros

barrios y calles, y se deje llevar, y sea portátil, y que le tengamos de asiento en nuestros templos, y que le podamos visitar muchas veces, y á todas horas, de dia y de noche, y tratar allí con él nuestros negocios cara á cara, dándole cuenta de nuestros trabajos, y comunicándole nuestras tentaciones, y pidiéndole remedio y ayuda para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos amó tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará léjos para remediarnos? *Ponam tabernaculum meum in medio vestri: ambulabo inter vos, et ero Deus vester*. Levit. xxvi, v. 11. Andaré y pondré mi asiento en medio de vosotros: iré donde me quisiéreis llevar: pasearme he por vuestras calles, honraros he. ¿Qué corazon hay que no se enterezca é inflame viendo á Dios tan casero?

No se contentó el Señor con que le tuviésemos en nuestros templos y casas, sino quiso que le tuviésemos dentro de nosotros mismos; quiso entrañarse en nuestro corazon. Quiso que vos mismo fuésets el templo y el cáliz, la custodia y relicario donde estuviese y se depositase este santísimo Sacramento: *Inter ubera mea commorabitur*. Cant. i, v. 12. No nos le dan aquí á besar como á los pastores y reyes, sino para recibirle en nuestras entrañas. ¡Oh amor inefable! ¡oh largueza nunca oida! ¡Que reciba yo en mi pecho y en mis entrañas al mismo Dios en persona, al mismo Jesucristo verda-

dero Dios y verdadero hombre! Al mismo que recibió y trajo la sacratísima Reina de los Ángeles nueve meses en sus entrañas, al mismo recibimos nosotros en las nuestras. Si santa Isabel, madre del glorioso Bautista, por entrar en su casa la Virgen vuestra madre, en cuyas entrañas ibais Vos, maravillada y llena del Espíritu Santo, dió voces diciendo: *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Luc. i, v. 43. ¿De dónde á mí, que venga la Madre de Dios á mí? ¿qué diré yo viendo que no por las puertas de mi casa material, sino de las de mi cuerpo y alma, dentro de mí mismo entráis Vos, Señor, Hijo de Dios vivo? ¿Con cuánta mayor razon diré: *Et unde hoc mihi?* ¿De dónde á mí? ¿Á mí, que tanto tiempo he sido morada del demonio? ¿Á mí, que tantas veces os he ofendido? ¿Á mí, tan desconocido é ingrato? ¿De dónde á mí, sino de la grandeza de vuestra misericordia, de ser Vos quien sois, tan bueno, tan amador de los hombres? ¿De dónde, sino de ese infinito amor vuestro?

Añaden y ponderan aquí los Santos, y con mucha razon, que si este beneficio concediera el Señor á solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable: mas ¿qué dirémos que, por el mismo caso que se quiso comunicar á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros; y así como permitió ser crucificado por manos de aquellos perversos sayo-

nes por nuestro amor, así permite ahora ser tratado por manos de malos y perversos sacerdotes, y entrar en las bocas y cuerpos súcios y hediondos de muchos malos y pecadores, por visitar y consolar á sus amigos? Á todo esto se pone el Señor, y quiere ser otra y otras muchas veces vendido, y escarnecido, y crucificado, y puesto entre ladrones: al modo que dice san Pablo; que los que pecan tornan á crucificar á Jesucristo, cuanto es desu parte: *Crucifigentes sibi metipsis Filium Dei*, ad Hebr. vi, v. 6: todo por comunicárseos á vos. Mirad si tenemos bien que agradecerle, y bien por qué para servirle. Canta la Iglesia, y espántase que no tuviese horror este gran Señor de entrar en el vientre de una doncella: *Non horruiisti virginis uterum*. Pues cotejad la pureza de aquella doncella y la impuridad nuestra, y veréis cuánta mayor razon tenemos para espantarnos que no tenga horror de entrar en el pecho de un pecador.

CAPÍTULO II.

De las excelencias y cosas maravillosas que la fe nos enseña que habemos de creer en este divino Sacramento.

Muchas cosas maravillosas nos enseña la fe católica, que obran aquí las palabras de la consagracion. La primera es, que habemos de creer que en acabando de